Dirty white trash

Recuerdo cuando niña, paralizada en la cama, bien entrada la noche, cuando aquellos leviatanes se fundían en los muros, o en los suelos de mi cuarto negro; o cuando los vestiglos en la sombra disimulaban quedos su presencia al saberse descubiertos por mí. *«Jamás encontrarás maridito si no haces bien la casa…»*, y cuestión de escuchar esas voces en mi cabeza y de echar a perder mi infancia, cuando para realizar su propósito para mi vida —de esposa, sirvienta, y puta— empecé a recoger la ropa amontonada de sobre la silla o los arcones, esas terribles sombras desaparecieron como la magia de una escultura de Kumi Yamashita al apagarse las luces del museo.

Así me sentí, durante años, sólo que no conocía esas figuras de Tim Noble y Sue Webster hechas de cuerpos geométricos, o montones de basura que, colocada de manera minuciosamente estudiada, tras la luz de un foco, delinean sobre los muros concisas sombras de personas, más reales incluso que aquellos engendros que esbozaban mis ropas en las noches: *«Montones de basura con sombra de persona».*

— Es que no ha salido demasiado lista esta muchacha. Mírala, que no tiene ni amigas, la pobrecita: «Montones de basura con sombra de persona…» ¡Idiota!
— Calla, cariño, al final te va a escuchar.

— ¿Has puesto la mesa?
— Todavía no —*«¿Y por qué no la pone él?»,* pensaba siempre—, pero ya voy mamá.

Recuerdo cuando niña, en las tardes soleadas en el coso, mirar a mis compañeras de escuela correteando tan alegres con sus sombras tan suyas… Me preguntaba, entonces, si es la silueta de un cuerpo la que hace a la sombra o si son las sombras las que acaban definiendo a un cuerpo y todo aquello que sea que pace dentro de él. Porque mi cuerpo era liviano y endeble, como aquellos, pero mi sombra no era mía: «¿Acaso crees que un pantalón es para una señorita?», «¡Anda y ve a cambiarte antes de hacerme perder los nervios y llegar tarde como siempre!

¡estúpida!»… Y, cuando cruzaba la avenida y doblaba la esquina de la Florida, siempre daba un pasito más hacia adelante antes de hacer un requiebro violento, con la esperanza de que esa sombra cuadrada, pesada, monolítica, siguiera sola, calle arriba, por la inercia de su propia carga. *«No te olvides de tu hermano». «Sí, mamá»…* Pero al girarme en la esquinita esa voz seguía allí: *«Debes aprender a cuidar de él para cuando tengas hijos»*, «Claro, mamá»…

Tras las celebraciones de fin de curso, cuando volvía a casa, salió de *nosédónde* y me tomó con firmeza del brazo. Me dijo que siempre le había gustado, pero que no podía hablarme en la escuela por cosas que «ya sabes». Y como en ese camino no había farolas pensé que, así —quizá—, en esa oscuridad, si nos guarecíamos de la luna, no se vería mi horrible sombra, ni mis miserias, y no lo espantaría. Me empezó a decir cosas hermosas, como ésas que se dicen en algunos *filmes* franceses… Tras intentar besarme se puso sobre mí con violencia: «Espera…, me haces daño». «Pues no hace falta que sientas… Tú eres la mujer». Le pedí que me dejara y contestó: «¡Calla de una puta vez! ¿A qué coño pensabas que venías aquí?»… Y, cuando terminó de hacer eso que hizo, mientras aún temblaba en el suelo asustada y él se colocaba su cinturón, me decía que «había estado bien» pero que no se lo fuera a decir a nadie de clase porque «ya sabes».

Cuando en el recreo los miraba apresurándose tras aquella pelota de sombra redonda tan correspondida con su esfera: *«El fútbol no es para las chicas, juega con las muñecas que te regaló tu tía»,* me fijé en que su sombra era como la de los otros chicos: *«Para, ¡por favor!»,* pero que él no era como aquellos otros chicos: *«Montón de basura con forma de persona».* Y mi sombra, cuadrada en otros tiempos, comenzó a convertirse en una especie de cajón alargado, con desproporción hacia los hombros, similar a un catafalco, que se adaptaba perfectamente a mi cuerpo.

«Pero…», «¡Ni peros, ni peras! ¿Crees que puedes ir a celebrar con ese vestido de *cualquierona* y pretender que los hombres no se te acerquen?» «Pero… yo no quería, mamá. Le dije que parara, y me pegó. ¡Me pegó!…», «¡Pobre, la *monjita muerta*!… Ni

se lo digas a tu padre que lo matarás del disgusto… Ahora, tómate esto. ¡Y ni preguntes! No vuelvas a sacar el tema. ¡No nos hagas pasar por ése bochorno!».

No es fácil venir a nacer con una sombra que no es la tuya. ¿Sabes? No es fácil…

A la de *una*, a la de *dos*, a la de….

«¿Estás bien, corazón? Anda, ven aquí, levanta… ¡Pero mira que eres bonita! ¿Te hice daño?», me dijo aquella señora que me recogió del suelo ése día que tropecé en la esquinita de la Florida al intentar esquivar a mi sombra… «No soy bonita, señora, sólo soy una idiota que no vale para nada». «¡Pero bueno, criatura!… ¡¿Será posible?!».

*

La mañana de unos días antes desperté en mi habitación oscura; podía ser madrugada o la mismísima tarde soleada, que yo quería matarme. La mañana del día antes había despertado en mi habitación oscura; podía ser bien entrada la noche o la mera tarde luminosa, que yo quería matarme. Esta mañana he despertado en mi habitación oscura; podía ser la madrugada o la mismísima tarde clara, que yo quería colgarme. «Mañana despertaré en mi habitación oscura; y podrá ser de madrugada o la misma tarde amarilla, que, si no la mato a ella, querré matarme»…

*

El día que maté a mi madre, cuando rodearon la poza en la que nadaba desnuda mientras me gritaban «¡Sal con las manos arriba o abriremos fuego!», me sentía tan plena, por primera vez en mi vida, que no pude más que reír a carcajadas pensando que o bien moriría a plomazos si nadaba hacia esa orilla o bien lo haría ahogada si levantaba los brazos.

Con las manos en el aire, decantándome por la segunda alternativa mientras me hundía en esas aguas tibias, una bala atravesaba «mi cuerpo» ante la mirada vanidosa de su tirador —que no tuvo en cuenta la *Ley de Snell-Descartes* que hacía que la proporción de mi cuerpo que se veía bajo el agua desde afuera se contorsionara en un ángulo imposible como una cucharilla en un vaso de agua, en un experimento cutre de escuela—.

No hubo burbujas en la superficie que delataran mi bocanada de dolor por una bala que nunca penetró en mí, ni una mancha de sangre que se adueñara de esas aguas quedas y zarcas.

Mientras me hundía sonreía —y por primera vez encontré calma—, sabiendo que, por fin, persona y sombra eran la misma.

Aquilino Jara

Dirty white trash. Art Works for Change.
Tim Noble and *Sue Webster*
Escultura de sombra hecha con basura